

Suecia

José Luis RAMÍREZ

NORDPLAN, Nordic School of Planning.

POLÍTICA URBANA EN SUECIA

Los recientes acuerdos inusitados han sido tomados recientemente por el Gobierno sueco que suponen un cambio radical de estilo en la política tradicional del urbanismo y la planificación y son un signo de los nuevos tiempos. El Modelo Sueco ha muerto. Nuevas ideologías, nuevas formas de uso del poder y nuevas constelaciones políticas se hacen patentes en este final de siglo.

Un acuerdo supone la suspensión del Plan de Reforma Viaria de Estocolmo, llamado «Pacto Dennis» que se hallaba en plena ejecución. El otro, la decisión de iniciar inmediatamente el desmantelamiento de centrales nucleares. Ambas decisiones suponen un éxito para el Partido Centrista, de origen agrario, que, sin pertenecer al gobierno, se ha convertido en su interlocutor, poniéndose al margen de los partidos de derechas que integran la oposición con los que tradicionalmente cooperaba. Todas las decisiones importantes que el actual Jefe del Gobierno socialdemócrata está tomando (un tercer ejemplo es la reforma del sistema de subsidio de desempleo), las toma en diálogo con dicho partido, rompiendo así la política de bloques tradicional en Suecia. Pero, además, la política de Göran Persson rompe otro bloque, el bloque obrero que integraba históricamente, desde fines del siglo pasado, al partido socialdemócrata y a la central sindical obrera LO.

Del Plan de Reforma Viaria de Estocolmo ya hemos informado en una reseña anterior. Dicho plan tenía por finalidad el descongestionamiento del casco urbano mediante el desarrollo del transporte colectivo y mediante la creación de vías de circunvalación y la mejora de la accesibilidad del tráfico ferroviario a la Estación Central. La financiación preveía en parte la introducción de tarifas de peaje, medida que estaba en contradicción con la filosofía tradicional socialdemócrata.

La negociación del Plan había sido dirigida, en nombre del Gobierno, por el Jefe del Banco de Suecia, Bengt Dennis, dando nombre al pacto («Pacto Dennis»). El Pacto, que afectaba a 15 Municipios de la región y a la Diputación provincial, había sido firmado por tres partidos: socialdemócrata, conservador y liberal, mientras que el Partido Centrista (de escasa representación en Estocolmo y tradicional defensor del Medio Ambiente) había sido excluido. En ese partido, sin embargo, el que ahora se lleva el «gato al agua», lo cual ha escandalizado enormemente a la oposición política.

Es tradición de la política sueca el cumplimiento de los pactos y la lentitud deliberativa en los procesos de

elaboración de decisiones complicadas. Göran Persson, nuevo dirigente socialista, ha roto con esas dos costumbres y es hombre que toma decisiones radicales de manera sorpresiva y desdiciendo lo antes dicho. Su definición de la política es «Actuar y tomar decisiones». Lo cierto es que la decisión gubernamental en el caso «Dennis» no carece de simpatías en la opinión pública. El Pacto Dennis venía siendo elemento de discordia constante desde que fue adoptado. En lo que afectaba a la mejora del transporte colectivo (que ya funcionaba bien pero va a hacerlo aún mejor), nada se ha objetado. Pero sí han sido muy controvertidos algunos de los proyectos de vías de circunvalación por su presunto deterioro del ambiente natural. También la solución prevista para mejorar el acceso ferroviario a la Estación Central, mediante la creación de una vía complementaria que afectaba al Patrimonio Cultural del Casco Histórico, ha sido objeto de militantes protestas. Los Artistas y Escritores de Estocolmo habían llegado a amenazar con boicotear la celebración de Estocolmo como Capital Europea de la Cultura en 1998, si la tercera vía férrea se realizaba de la forma que se preveía en el Plan.

«El Pacto Dennis ha sido arrojado al montón de la chatarra». Con esta metáfora prepotente y poco convencional comienza la comunicación oficial que el gobierno distribuyó a la prensa el 7 de febrero. «La nueva disposición gubernamental —declara la nota de prensa— supone una solución más modesta, más favorable al medio ambiente y más realista para la región de Estocolmo». La desaprobación «a posteriori» de la Comisión Dennis por el Gobierno es total.

La decisión del Gobierno suprime del Plan la proyectada vía oriental de circunvalación y deja en suspenso, para su estudio posterior, la vía de circunvalación occidental. Para la creación de la tercera vía férrea que mejora del acceso a la Estación Central y que —en el Plan Dennis— hacía impacto en el Casco Histórico, el Gobierno ha decidido utilizar el actual eje de tráfico automovilístico que atraviesa Estocolmo de Norte a Sur, creando para los automóviles un nuevo eje subterráneo.

El Gobierno, —que ha nombrado a un nuevo Jefe de Negociación para desarrollar el nuevo proyecto—, ha puesto un límite de 1.000 millones de coronas para la financiación estatal. La financiación regional está todavía por discutir, pero se habla de impuestos sobre actividades relacionadas con el medio ambiente u otras medidas. El sistema de peajes queda en entredicho.

La otra radical decisión gubernamental, el comienzo de la destrucción de centrales nucleares, es el primer paso dado en la dirección que marcó el *referéndum* de

1982. Como alguien recordará, dicho referéndum fue una consecuencia del agresivo debate que siguió a la avería de Harrisburg. La opinión sueca estaba en esos momentos mayoritariamente en contra de la energía nuclear. En una maniobra táctica, el malogrado Olof Palme, que era entonces Jefe del Gobierno, presentó una alternativa intermedia entre el SI y el NO. La papeleta electoral que él apoyada decía «No a las nucleares, pero con sentido común». La propuesta de Palme era construir 8 nucleares más hasta un total de diez (en total 12 plantas), como una previsión para los dos decenios siguientes, a fin de garantizar la energía eléctrica necesaria, para a continuación iniciar un proceso de desmantelamiento, sustituyéndolas sucesivamente por otras fuentes de energía renovable y más favorables ecológicamente. Es decir, Palme decía al mismo tiempo que SI y que NO y su alternativa ganó frente a la alternativa del NO absoluto por una pequeña diferencia, no sin ayuda —que todo hay que decirlo— de la disciplina del partido.

La alternativa de Palme partía del hecho de que en aquel momento no existían otras fuentes desarrolladas, ambientalmente aceptables, de energía eléctrica y que su establecimiento precisaba años de esfuerzo investigador. El aumento de producción de la energía hidroeléctrica había quedado detenido por razones de protección a la naturaleza y las fuentes basadas en materias fósiles y combustibles suponen un peligro para la atmósfera. La victoria de la línea Palme implicaba por lo tanto la continuidad temporal en el uso de la energía nuclear con el compromiso de apoyar denodadamente el desarrollo de fuentes de energía ecológicamente aceptables que pudieran sustituirla. Pero los centros de poder de la sociedad sueca que apoyaron la línea de Palme, en realidad no tenían intención de deshacerse de la energía nuclear; se adhirieron a esa línea por razones de oportunismo, para minimizar el NO absoluto que —de no haber encontrado una alternativa— amenazaba con ganar el referéndum. El resultado de esto es la situación actual: todavía, a pesar de los años transcurridos, sigue Suecia sin haber desarrollado fuentes energéticas alternativas suficientes que reemplacen a la energía nuclear.

El debate de los 15 años últimos no había hecho sino aplazar el desmantelamiento de las centrales nucleares previsto por el referéndum, alegando que todavía no haya energía alternativa; al propio tiempo que no se hacía nada para que la hubiera. Para acallar la crítica de los que hablaban de fraude, el parlamento había, sin embargo, marcado el año 2010 como el límite para la desaparición de las centrales nucleares. Se marcaba así la fecha final del proceso, pero su comienzo se iba retrasando año tras año. Esta indecisión es la que ha sido superada ahora por el Gobierno, que ha decretado que la planta 1 de la Central de Barsebäck (que tiene dos), en la costa atlántica, sea desmantelada antes del 1 de julio de 1998, es decir, antes de las próximas

elecciones. Barsebäck es una de las centrales más antiguas (20 años de edad) y hoy cuenta con problemas y grandes gastos de reparación. Está, además, localizada en la proximidad de Dinamarca, suponiendo una latente amenaza para el país vecino, lo que ha despertado intermitentes protestas.

Una segunda planta nuclear no especificada será desmantelada antes del 1 de julio del año 2001. Al propio tiempo que se decide el comienzo del desmantelamiento, se suprime la fecha de 2010 para el final del proceso de desnuclearización. Es decir que la decisión gubernamental supera una duda y crea otra.

Anteriormente la opinión pública protestaba contra la pasividad gubernamental. Contra la nueva decisión del Gobierno protestan no sólo las empresas sino también la Federación de Trabajadores, aliada tradicionalmente al partido socialdemócrata, que ve en ese desmantelamiento, que llaman «precipitado», un peligro contra la expansión del empleo en un momento en el que Suecia tiene una cuota de desempleo del 16%. Se acusa al gobierno de contradecir el resultado del referéndum, en el que se aprobó que hay que suprimir las centrales nucleares cuando se haya garantizado la producción energética con otros medios más aceptables, cosa que todavía no ha sucedido. Estos críticos afirman que el único sustituto energético son las fuentes de materia fósil, cuyos efectos ambientales son tan malos o peores que la desintegración atómica. A esto responden los enemigos de las centrales nucleares que también exigía el referéndum una activación de la búsqueda de otras fuentes de energías, y que lo que ha hecho el Gobierno hasta ahora es estarse con los brazos cruzados. Es decir, que tanto el no desmantelamiento como de desmantelamiento nuclear se interpreta por unos o por otros como una contradicción de lo aprobado en el referéndum. Esto ya lo veíamos venir cuando teníamos en nuestras manos la contradictoria papeleta electoral que nos formuló Olof Palme. Para un referéndum como aquel valía más no haber tenido referéndum ninguno y haber dejado al Parlamento tomar la responsabilidad de la política nuclear. No falta hoy, como es natural, quien exige un nuevo referéndum.

El Gobierno es consciente de que hay que hacer frente a una eventual escasez de energía con motivo de la desaparición de plantas nucleares. Es preciso, por ello, intensificar la búsqueda y el desarrollo técnico de fuentes renovables como la energía biológica, hidráulica y eólica. Pero lo más inmediato es iniciar el desarrollo de un mejor almacenamiento de calor y tomar medidas para conseguir un mejor aprovechamiento de la energía y un ahorro de su consumo. Se impondrá el uso de centrales térmicas, prohibiendo los sistemas de calefacción reducidos a pequeños grupos de edificios o viviendas. El plan de medidas previstas se calcula que compensará con creces la desaparición de Barsebäck I. El Gobierno invertirá 9.000 millones de coronas en su programa energético para los próximos 7 años.